

Julieta González Irigoyen



La moneda
\$25

está
\$25

\$25
en el aire

Te amaré
hasta que se acaben
los lunes

TE AMARÉ HASTA
QUE SE ACABEN LOS LUNES

TE AMARÉ HASTA QUE SE ACABEN LOS LUNES

Julieta González Irigoyen



Tijuana, Baja California, México

©2003 Julieta González Irigoyen

©2011 Julieta González Irigoyen

Primera edición: Febrero 2003

Segunda edición: Mayo 2011

D. R. Julieta González Irigoyen

Dirección general / artística:

Julieta González Irigoyen

Diseño de la portada:

María del Rosario Orozco Sánchez

Diagramación:

Rosalía Valeriano Palafox

Viñetas: Carmen Campuzano

Pinturas de portada: *La apuesta*, Francisco Cabello

El jockey, Lucy de Hoyos

Fotografía: Hadia Farfán

Editorial Aretes y pulseras

Cerrada de las olas No. 1773,

Fracc. Villamar

Tijuana, Baja California, C.P. 22516

Derechos reservados por la autora

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,
por cualquier medio de impresión o copiado, sin permiso de la autora.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

A mi primo Arturo Gómez González

En la noche, cuando los capullos
se abren y el viento del norte
se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta.

Y cuando el viento del norte
se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta.

Y cuando el viento del norte
se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta.

Y cuando el viento del norte
se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta.

Y cuando el viento del norte
se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,
y el frío se levanta, y el frío se levanta,

ENVÍO

Ya no hay piratas...

En fe de un reencuentro con uno de los capitanes de la mejor nave que creía perdida en el fondo del océano de la existencia: mi primo Arturo Gómez González, ahora ascendido a Almirante...

A continuación veremos por qué: ocurrió que después de casi veintitantos años sin vernos, uno de tantos azares de entre los que rigen y ordenan nuestras vidas, nos volvió a reunir a mi primo Arturo y a mí. Tanto tiempo transcurrido entre su vida y la mía, había servido (lógicamente) para elaborar nuestras correspondientes historias y, en medio de cada pasaje, de cada episodio, los personajes centrales ahora ya desaparecidos, nos acompañaron.

Fue así que pudimos ver con ojos de nostalgia a nuestros abuelos, Benjamín González Martínez y Concepción Prieto Gallegos y, su herencia: del abuelo, la certeza de que la palabra debe ser, tiene que ser el instrumento que nos una al hacernos mejores mediante la alquimia que se da entre la inteligencia y el corazón: alquimia alcanzada y a veces utilizada para salvarnos, siempre que la vida nos duela.

Evocamos aquella virtud de la discreción que siempre practicó el abuelo, para evitar juzgar al prójimo: su elegante bonhomía, tranquila, meditante, no le impedía imponer tanto en los nietos como en el resto de quienes le conocieron, un respeto leal, es decir, real.

Sin duda él nos puso el ejemplo de cómo amar a nuestra Patria aún en medio de nuestras turbulencias y nues-

tras ambiciones, así como darnos el testimonio silencioso pero eficaz de su devoción por la lectura, ilustrándonos sobre el efecto medicinal que la Literatura ha ejercido sobre el mundo..., en otras palabras, el abuelo nos llevó en silencio, al mercado de la felicidad que se encuentra únicamente en la aventura de leer.

De la abuela, evocamos (de nuevo) su acogedor amparo hacia quienes necesitaron, necesitábamos de él: amparo y abrigo generados por la seguridad de un plato exquisito brotado de sus manos en medio del calor (y del rigor) de su vigilante autoridad, en la que latía alborotada su chispeante inteligencia, administrada con arte y seguridad. Mediante su talento de fina administradora de lo mucho así como de lo poco, la vida de los que ahí fuimos recibidos como parte de un gran *puzzle* multicolor, es decir, como pieza -cada uno de los refugiados en su casa- de una enorme familia, nos hizo más leve la existencia: nuestra abuela practicó cabalmente, la divisa de nuestro escudo local: la hospitalidad que es la forma exquisita de la caridad, la valentía que necesitamos para sortear las acechanzas de la vida y la lealtad que afirma y anima, cuando creemos que se nos tambalea el alma, ante la traición o el olvido...

Tal vez apenas ahora comprendamos su vocación de dar felicidad a través del pedregoso sendero del deber ser, que todos, aun sin darnos cuenta, nos vemos obligados a recorrer pero que se hace más llevadero, trayendo en la faltriquera los recuerdos de un generoso patio gorjeante poblado de peras de San Juan y membrillos en conserva, de la casa de la abuela...

Mi primo Arturo y esta escritora fuimos los niños-piratas que al lado del resto de nuestros primos y hermanos salimos a descubrir las rutas del mundo de la fantasía: yo, que en medio de tantas tormentas estuve a punto del naufragio, reconozco en mis primos la impronta dejada por el tiempo sí, pero también me doy cuenta de lo que

cuenta la vida vivida a plenitud con coraje y determinación ejemplares.

Ahora, ya recuperada la charla y la cercanía, recorrimos los oscuros lugares del dolor y sus rincones, junto a los sinsabores que todo vivir contiene a veces en demasía, y ambos estuvimos de acuerdo en que la lectura de libros varios, ricos, de riqueza humana, es la fórmula ideal para sentirnos menos solos.

Gracias a su amor por la lectura, mi primo Arturo urdió esta nueva forma de atraer al centro de nuestros recuerdos, la infancia-adolescencia que vivimos compartiendo navegaciones, y uno que otro desencanto qué duda cabe, publicar esta nueva edición de mi libro *Te amaré hasta que se acaben los lunes*, sería otra forma de revivir momentos de aquel pasado, al ir tomados de la mano del recuerdo que reaviva imágenes y sentires que creíamos irrecuperables.

“Es nuestra obligación, prima, ser leales a nuestro origen, a nuestra sangre, a nuestra herencia...es que nos hace vibrar y sentir aquella vieja ternura de los nietos que se quieren, de los primos que se respetan, de los hermanos que honran a quienes nos dieron vida y razón de ser...” con esto él mismo dibujó impecablemente, su biografía.

Sus experiencias ante la adversidad han pulido su espíritu de una forma excepcional, tanto que no podríamos encontrar fácilmente otro hombre tan ajeno a los rencores, las amarguras o mezquindades que arruinan la vida de quienes le rodean. Ha llegado al puerto de la madurez con cicatrices, sí, pero ahora las horas las gasta en hacer el bien y, sabiamente utiliza sus tiempos para lo que muy pocos nos atrevemos: para ser feliz.

...Ahora somos otros, aparentemente, porque en la Tierra de los Recuerdos volvemos a vernos como si hubiéramos burlado al tiempo y entonces comprendemos cómo

aquella aventura en el País de la Infancia-adolescencia, nos sirvió para troquelar en nuestras almas todo lo que somos...; digo troquelar por aquello de que para formar gente de buen quilataje, se requiere de una labor de orfebrería fina, de esas que no se encuentran fácilmente ni en los mejores mercados del mundo... Por tanto, ¡salud! primo-compadre, ¡salud!

*Julieta González Irigoyen,
Guadalajara, Jalisco, Abril 2011*

INTRODUCCIÓN

Quién fuera poeta para saborear cada palabra como si fueran ciruelas frescas. Quién fuera poeta para escuchar una conversación entre gaviotas y hacer reclamos a la luna. Quién fuera poeta para encontrar en una voz, la fuente escondida de los deseos, una viva marea de peces o el sol de junio. Quién fuera poeta para definir el límite exacto entre dos manos que se tocan, evocando rituales de ternura. ¡Quién fuera poeta! Para prometer al amante: Te amaré hasta que se acaben los lunes.

La voz literaria de Julieta González Irigoyen nos permite recuperar esos espacios poéticos en nuestro andar por los días y los años en los que vamos enterrando bajo toneladas de rutina, la palabra sutil, oculta en nuestra funcional prosa cotidiana; un apresurado cruce de miradas con alguien a quien deseamos amar y simplemente, dejamos pasar de largo; un roce casual que estremece nuestro cuerpo; o un aroma que nos remite al tiempo sin tiempo de la infancia.

Esta es la poesía que Julieta escribe. Con ella afina nuestros sentidos y a través de su palabra diáfana, directa, alejada de metáforas oscuras o rebuscamientos esotéricos, nos hace ver a la diminuta cifra vegetal de un Bonsai, aspirar el aroma azucarado, rosa-rosa de los algodones en la feria, sentir la caricia de dóciles colibríes; disfrutar del sabor a yerbabuena de la tristeza, o escuchar el ding-dong de algún reloj lejano mientras deja caer una a una, las horas, en medio de la calle.

Julieta explora en su trabajo, el tema de la soledad y el deseo. Nos remite a la espera, esa larga espera de la cual, sólo Penélope da cuenta en su tejer y destejer los minutos de la vida, mientras Ulises, siempre aventurero se debate por escapar al canto seductor de las sirenas. También hace su aparición la Eva original, la Eva seductora, desterrada del paraíso.

Eva antigua y Eva contemporánea, provocadora siempre, condenada a deambular entre las solitarias calles de la ciudad, por los siglos de los siglos. Eva-Julieta, escribe y reescribe sus poemas, hilvana y deshilvana letras, mientras su corazón late desbocadamente al escuchar una voz cercana que le dice: *Te amaré hasta que se acaben los lunes.*

Guadalupe Rivemar

TE AMARÉ HASTA
QUE SE ACABEN LOS LUNES



Campezo

TE AMARÉ HASTA QUE SE ACABEN LOS LUNES

Para Carmen Campuzano

En algún lado leí

Te amaré hasta que se acaben los lunes
tal vez en una carta de amor
o en alguna proclama colgada sobre el puente
que divide a Playas del mundo...

¿Sabes? Me supo a eternidad eso
de amar hasta acabarnos el nombre
de un solo día...

Luego pensé en los martes, miércoles y los que siguen...
todos ellos, soportando el hierro y el dulzor del olvido
como el puente que soporta las palabras
de los enamorados...

Pero, yo, saborée esas palabras
te amaré hasta que se acaben los lunes
como si fueran ciruelas frescas,
con toda la avidez de mis sentidos

Quiero mirarte y describirte
y sentir que el tiempo no cuenta
en nuestros siete días, tan sólo siete, siete días
en los que nadie mida tu pensamiento...
ni se entere a qué sabe tu piel...

Escucha

Voy a hablarte muy bajo:
te amaré hasta que se acaben los lunes

Eso dice la lección apre/hendida en mi corazón...
además de la palabra que suele recordar
en sus latidos: tú, tú...
única palabra en vuelo, musical compañía
en mi destiempo...
Ay, sí te amaré antes y después de que se acaben los días
hasta que desaparezcan los lunes
y no dejaré que el viento de las horas amargas
rompa la escondida eternidad
de esta promesa...

CARTAS MARCADAS...

...Pa'de hoy en adelante yo soy mano, solo cartas
marcadas has de ver...

La retadora voz cantaba después de abandonar
el corazón, el alma, el corazón y...su vida,
sobre la desolada mesa del amanecer...

El jugador, derrotado, pensativo, caminaba
recorriendo la vieja ruta, cantando el mismo canto:
engañoso, tramposo canto y
repetía: ¡gira, ruleta, gira! con tu llamado mentiroso,
oscuro...
¡sigue, vuelta y gira, sigue! insistía, pensando
en el rodar de la vida

Había comenzado el juego, ese que siempre jugamos, sin
saber cómo terminaría la partida: juego jugado tantas
veces, para ganarle al destino, donde espera agazapado,
aquel duende: amargoso; relojero que da cuerda al reloj
que rige nuestra suerte...

La moneda está en el aire, ¿será mía? se preguntaba otro
jugador, al oír la voz admonitoria de quien canta: "sigue
la ronda y aaapuesten, la moneda está en el aire y la
suerte en la pata de conejo colgada de su cintura..."

agregaba la voz, antes de tirar los dados...

...*Suerte de jugador...* se dice, cuando ganamos,

pero, ... ¿cuando perdemos?

¡Ay vida, cuánto ganamos! ¡Ay suerte, ¿qué más perdimos?

¡Gira ruleta, gira, avanza ruleta -tiempo-ruleta-ruta!

Algunos seguiremos apostando de otro modo:
persiguiendo un sueño, llorando otro dolor, o tratando
de esconder un desengaño:

pago de la cuota que exige el amor...

¡Ah, sí!, en esta vida tramposa volveremos a jugar,
porque lo que sí sé vida, es que me sigues debiendo,
y sé que sabes: no tengo un comodín, ni un amuleto,
cuantimuchos dados

cargados con la suerte a mi favor...

¡Ah, vida, saca tus cartas...nada importa si las marcas-
te, es hora de ganar el juego que sigue: ¡este que tiene
por nombre dolor!
recoge de una vez los naipes, tus monedas, tus fichas,
y...el valor, vida:

Falta resolver el reto de jugar palabras, sin miedo a descu-
brir frases marcadas por el duende de un azar traidor
azar que suele cambiar malicioso, 3 veces
el dos de bastos,
para ponerlo en el lugar del rojo corazón
de un corazón...

A veces tuve que barajar lo falso y lo cierto, jugando a
deshoras y, serena, indiferente, vi llegar tanto la flor
compuesta de cuatro ases y tres tréboles haciendo un
guíño desde su girar de suerte esperada...con el gesto
emocionado

de quien saca un comodín con sus manos dis-
frazadas de destino...

*...Ya no quiero llorar, ya no te espero, ya quiero sonreír,
quiero vivir...si vamos a jugar yo soy primero, y al son
que yo les toque han de bailar...*

Ay, vida, vida, no dejes de ser ilusa apostadora igual que yo:
sigo jugando, vida, pese a las trampas del diario riesgo
que aparece, desde la ruleta

que sigue girando, girando

...ay vida, la moneda está en el aire...

*Pa'de hoy en adelante yo soy mano...solo cartas marca-
das has de ver...*

*y tú vas a saber que siempre gano... ay
vida, ¡juega parejo...!*

Julietta

Guadalajara, 6 de abril de 2011

HABLAR DE TI...

Una vez más, tengo que hablar de ti,
para no olvidar tu nombre,
tu nombre que se convierte en ceniza
en el deslavado calendario,
que ha dejado de marcar el tiempo
en mi vida vacía

Me parece que si digo tu nombre,
todo el cielo crecerá hasta hacerse
espejo infinito donde resonará adolorida
y clara aquella palabra: la secreta, dulce,
la última palabra, la que siempre callamos
pero siempre brota

Y, aunque hoy sea el día del olvido,
volveré a hablar de ti,
ahora cuando la luna
sólo sospecha la verdad: mi corazón no existe

Hablo diciendo tu nombre
sólo para alcanzarte; para eso
escribí este libro que,
como verás tiene páginas ilegibles
porque en la confusa búsqueda
de las palabras, mis lágrimas borraron
parte de lo escrito, incluso tu nombre lo borraron.

Pronunciando signo a signo
tu olvidado nombre hablaré
de ti, aun sin articular tu figura
en mi memoria...

recordando eso sí, la liturgia
de aquellas madrugadas
cuando juntos contemplamos
el bosque inmenso de las horas
diluyéndose en el cielo de aquel
mundo que fue nada más nuestro

Sin embargo, hablar de ti no resulta
tan sencillo, pues las letras se me enredan
apresándome en su círculo callado
miles de letras que me invaden
como invisible perfume que todo lo aroma
pero no se puede definir

Entonces, para hablar de ti,
no importa que me sangren las palabras,
no importa que el sueño se desgarre
en el misterio oculto de la noche vencida
no, no importa,
porque nombrándote
tal vez quede resuelto en mi memoria
el crucigrama doloroso
de mi corazón sin nadie...

EL ÚLTIMO OLVIDO...

El último olvido será una palabra
dejada sobre el mantel amargo de la despedida
será el olvido como una nota preñada de silencio
brotada del tintinear del tenedor ahora sin eco
que canta su canto de fierro sobre la mesa, sin nadie

Será el último olvido (también)
aquella canción del mar que iba y venía
recogiendo peces y sombras
y pasos en silencio

Y si mi tristeza brilla
con su luz apagada,
prometo decir
que no es porque
tenga presente tu mal querer
en aquel tiempo de suspiros
anteayer desaparecido...

Diré (si me atrevo)
que la calle, la banqueta y el mar
son inocentes de todo lo que me robaste:
risas, soles y mayos...

Me robaste algunas letras
del collar de mis días...
y perdí además, las pocas madrugadas que eran mías...

El último olvido, ha de ser
como un manojo de esos días que se escapan
llevando en su centro,
el último secreto de tu palabra
deshojada...

Se escapan los días, sí
como se van las tardes
mientras el viento hace sus señas
a través de las viejas rendijas deshiladas
en una casa donde nadie vive...

Será pues, el olvido,
el último olvido...
aquel mantel, tu nombre,
tu imagen impresa en el cuaderno abierto
de mi habitación callada...

Y cuando te haya olvidado, regresaré...
a ver si, entonces, ya no me hace daño
rescatar de los escombros del pasado,
tus pinceles, tus trazos más auténticos...
con ellos dibujaste
¿recuerdas?
el límite de mi piel y mis lunares
delineando figuras de fuego incomprensibles
sobre mis labios,
usando tus ocotes encendidos
como luz que luego derramaste,
desde adentro del encierro de tus ojos...

NATURALEZA MUERTA...

Hay una Naturaleza muerta
colgando sobre el muro
donde se refugian
las memorias destruidas de los días
decorados con suspiros...

A veces, creo vivir en ese cuadro,
viendo correr el tiempo
con algunas flores marchitas
que se niegan a cambiar de casa...

Creo vivir como intentan vivir esas cosas
en lo hondo de la forma ganada: naranjas
manzanas y algunas uvas...
una botella y una copa que esperan las mustias manos
de alguien que llegue a rescatarlas del tedio...

Tiene también el cuadro, una oscura caracola:
oceánica rosa de otro tiempo,
que parece buscar desde sus pétalos tornasolados
el amparo marino
que es un poco lluvia y silencio... roca y entraña...

Todo está allí, en la Naturaleza Muerta:
el dulce y el amargo, el vino y la manzana
el mar, la rosa y el viento...
hasta la luna aparece de repente,
aunque el pintor haya olvidado
sus destellos...

Carece de estrellas el cuadro, pero se puede adivinar
una luz auroral en el pincel del autor desconocido
guiando su mano en algún amanecer,

en no sé qué tiempo...

y, ver esa ingenua propuesta de nostalgia, me ha servido
no pocas veces, para entretener

el roedor desconsuelo que me acecha...

SOLILOQUIO

Mientras Dios iniciaba la lectura
de una hoja escrita por sus ángeles para corregir
lo que aún no acontecía...
revisando minuciosamente todas las formas del mundo
que apenas comenzaba...

Tú y yo, sabíamos
que nos encontraríamos...

Y, por ello, cuando te inclinas
y me tocas con tus ojos
tiemblan mis sentidos y entonces
entiendo que nada estaba hecho...
antes de que me miraras...

Mis cien raíces en silencio
beben del agua de tu aurora... y,
en algunas noches largas,
soy melancólica canción en reposo...

Entonces, al contacto ligero de mi mano sobre tu hombro,
tu antiguo nombre recobra su fulgor y te confirma
en el quieto centro de mi soliloquio...

TU VOZ

Tu voz...

Territorio de invisibles palabras
que invitan y me acercan al tragal de tinta,
papel y pensamiento
donde el tumulto de la vida
a diario reverdece y canta y...
me reclama

A veces caen gotas de frío inclemente
sobre el leve muro del azar
que vigila nuestras vidas...
pero, tu voz, es como la luz
con que te reconocen mis entrañas

Y te regalo y me regalas otro sorbo de amor...
y nos damos las gracias por saborear la vida,
esta vida que se volvió ancha y sin tiempo,
desde que nos encontramos...

Debes saber que en el cántaro azul
que preside el centro de mi mesa
hay una flor que percibe la hondura
de tu voz
navegando mi nombre en el mar de mi cabello...
enredándose en mi cuello,
y parece que suspira esa flor,
como si quisiera ser ella
la de la blanda caricia, en su nuca indefensa...

Ay, cambia de lugar el mundo
entre los minutos infinitos

en que no te veo
y el instante supremo en que escucho tu voz
de nuevo, en mi oído...

UNA MIRADA

Tus ojos construyeron su mirada
dictaminando incendios, volando ante mi propia flama...

A veces presiento en tu mirada,
una isla de futuras caricias
pequeño espacio nuestro...

Ah, tu mirada transparente,
como la transparente tarde
que mira cómo corre el otoño...
para acomodar el tapete de hojas crujientes,
sobre banquetas y calles
y viento de la ciudad que recuerdo...

Ah tu mirada y su ritmo, sus secretos...
pedazo de esperanza que se prendió a mi tacto
pero también mis ojos
que día a día aprenden a buscarte para al fin,
llegar y reposar en el margen ardiente
de tu espera...

Y entonces quedarme en ti,
al abrigo de tu casa de paredes
intocadas
sometida a tu mirada
que dicta que nada entre nosotros
se termina...

ÁRBOL GENEALÓGICO...

Creo ser el centro oscuro de una flama encendida
con unas ciertas ramas dejadas por el viento
después de la tempestad...

Y también, a veces, tengo la certeza de mi renacer sin fin,
igual que la violeta inmortal
llega puntualmente,
cada mes de abril...

Y, en un cierto sueño de umbral
a menudo, en la noche,
cuando la oscuridad es un cielo desnado
me parece que vuelvo a ver a mis abuelos
reiniciando aquel viaje, hacia la eternidad
a buscar, sin duda, a los demás...

VERSO INVISIBLE

Contemplando el mar
y el oro de la tarde,
camino rumbo al crepúsculo,
cuya cerrada flor es el breve anuncio de la tarde...

El limpio nácar del agua
luce sus estrellas verdes...
y la espuma de la orilla crece,
como mi melancolía

Esa luz que circunda el mar,
cristal de raros reflejos del sumergido espejo
donde reverberan los peces, agitando el sueño de un coral
con su breve caricia, en su cabellera,
que se mece con el mismo vaivén
con que se arrulla el triguil, allá, lejos, en mi tierra...

Y sigo mi camino... y el aire me punza el rostro
con sus filos que también hieren la arena...
como me hiere tu voz, desde que no la escucho...

Sube en forma de gaviota, el polvo del mar
que pinta el firmamento
dejando huella luminosa de su vuelo
sobre el atardecer...

Veo a lo lejos una ola desnudándose en la playa
plata navegante, cercana y distante...
y, como polvo de mar hecho de espejismos y de luna,
tu recuerdo es (también) tiniebla y claridad... flor y grito,
igual que aliento y derrota en mi invisible verso...

NAUFRAGIO

La fría luna se asoma
vestida de cielo y plata
a ver cómo el mar sigue su viaje...
y yo (también) voy por el mismo camino,
territorio de negrura insomne...
donde vagan mis sueños deshojados
desde que el oleaje de tus ojos
se alejó dejándome en la orilla de esta playa...

Veo algunas caracolas huérfanas,
vencidas por la espuma,
pulidas por las manos de la arena:
rosas náuticas cuya secreta melodía marina
fluye repitiendo la canción del mar...

El mínimo litoral parece otro espejismo
sembrado de cavernas y rocas
con un barniz de sal en la brisa que juega
sobre el dorso del agua...

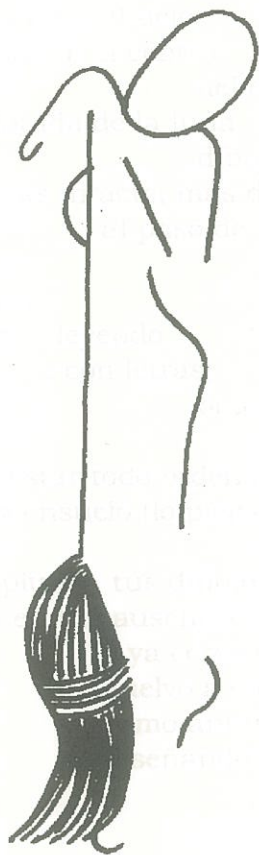
Aquí, tal vez pueda vivir (me digo)
mi exilio de ti, para dejar de presentirte,
de soñarte, de anhelarte, de esperarte....

Vivir en esta isla que me ofrece
esos variados sonos musicales que acompañan
el vuelo buceador de enigmas secretos
de los astros marinos y sus constelaciones....

Y aunque sé que tu lejanía es igual
a un abismo
tan hondo como la hondura del océano
que contemplo,
es hora de decirte que,
desde el alba inocente,
hasta el ocaso,
como ayer y como anteayer y cada tarde
recogeré de cada grano de arena,
de cada gota de brisa
de cada hebra de ceniza,
lo que vaya quedando de mi pena...

Porque tengo que borrarte de las cosas,
como si tu imagen fuera una de tantas ruinas
que se empeñan en quedarse después
de un naufragio...

DE LA CASA DE AYER



Campezo

EL ABUELO

Para Ulises, mi hijo

Ahora que no estás abuelo
advierto lo frágil de los cimientos
de estas casas que se derrumban
con cualquier soplo

Nada ocurre ahora, abuelo,
el sol ya no está en el centro
del cielo
y la lumbre dorada de la luna
dibuja tu perfil
que se hace más intacto, más digno,
al paso de mi melancolía

Leyendo, abuelo,
Siempre estabas leyendo
por eso supe que con letras,
ocultabas tus tristezas...

En tí parecía estar todo ordenado,
incluso el desconsuelo (lo pienso apenas)

El tintero, la pluma, tus dibujos
resplandecen en tus ausentes manos
y ya cerca del alba,
vuelvo a contemplarte
como antaño:
diseñando claridades

Ahora estoy sola, abuelo,
y recurro a tu voz en mi memoria,
y de pronto todo es bueno:
tu voz fluyente, cantadora
va y viene cantando para mí
aquella antigua balada:
*¿por qué has de huir de mis ojos,
y provocar mis antojos?*

¿Así era la canción abuelo?

Y tu voz es otro llanto (lo noto)
disipado en mis ojos,
el llanto,
como el polvo que empieza
no sé dónde y nunca está
(¿sabes cómo?), como una sonrisa
de remiendo puro,
de rota alegría en el enigma quebrado
de tu definitiva ausencia

Tu voz, abuelo, que solía contarnos
cuentos, historias, leyendas: *érase
que se era... una princesa de largas
morenas trenzas... érase que se era...*

¡Ay abuelo! Por más que lo convoco,
el Genio no sale a complacerme,
la lámpara ha perdido sus poderes,
o, es que ¿sólo tú sabías
aquel viejo conjuro?

Ahora, cuando una golondrina
surca el cielo,
y que el reloj ha dado
doce campanadas,
¿a dónde iré?

Porque aunque evocar tu voz me llene
de consuelo,
lo cierto es que estoy sola
frente al muro, abuelo
sola en esta calle interminable...

CASA PERDIDA

Diminutos pasos de la abuela
traspasan la corteza de la noche,
donde mayo habita y vive irradiando
la misma luz:
ésta que alarga los cristales
empañados del recuerdo

En el kinder mañanero del domingo,
vibraba el trajín del desayuno:
¡todos a la mesa!

Seductoras galletas
queso, leche, fruta y mantequilla
limpia mañana azul puliendo el día

Ella solía traer un pañuelo
protegiendo sus cabellos
al sacudir los polvos
de la hiedra y la ventana

El musgo envejecido
seguía trepando mientras tanto
poniendo sombras
en los pícaros
rostros de los gnomos,
que al final
de la tarde, esperaban en silencio

su paso taconeante
al regresar de misa
en su blanco vestido veraniego
¿Quién si no ella conjuró mis miedos?
cuando el viento aleva de mis años
infantiles se veía poblado
de fantasmas
¿Quién sino ella?

¡Ay abuela! ¿qué memorias convoca
esa luz que aún irradias?
Conjuradora tu voz sigue siendo
abuela,
aunque la antigua casa se pierde
se desmorona lentamente

De entre la noche entreclara
percibíamos tu inquietud
de vigilante nocturno
mientras el pan humeaba
y la esfera celeste de tus ojos crepitaba

Entonces pasabas a través
del viento quieto de la quietud de la casa
dormida,
ahora sin tacones,
minuciosamente,
apagando luces, corriendo las cortinas
poniendo tu mano firme sobre la frente
del mundo, mi mundo

Ahora está tu silla mecedora solitaria,
sin vaivén, sin la vigilia de tus ojos
verdiazules, relampagueo del último
gesto de mi infancia
El añejo corredor gravita ausencias,

oscuridades de antiguos naufragios adolescentes,
abuela

Asumo esos recuerdos,
como se asume la muerte de una
tal flor, como se asume el final

de una distante sinfonía...

cuando la música escuchada

es una serie de sonidos

en lento descenso

Asumo que es necesario
entrar de nuevo a mi tristeza,
ahí donde lo único que sé
es que otra vez llegará el martes
y... yo,

yo ya no tengo quince años.

EL MÚLTIPLE ENREDO DE LA VIDA

Para Ana y Roberto

¿Recuerdas aquel olor dulce y...
largo, largo?
Era azuquitar quemada
girando, ascendiendo
en el múltiple enredo de un algodón mieloso....

...dulzor de las horas tempranas
de nuestra niñez...

Su aroma saturaba el aire
cuando comenzaba la feria
justo al borde del bosque
que irradiaba naranjas y manzanas encendidas
y, al rato
el cielo aparecía con todas sus estrellas,

Todo estaba ahí,
era nuestro mundo...

Eran nuestros el miedo y la Gracia
y nuestros los peces diminutos
de la fuente de piedra
donde un sauce
lloraba

Ah, todavía no aprendíamos a nombrar
el dolor... nada sabíamos de los pasos secretos
de la vida...

¿Tú quién eres? Decíamos sin malicia...
jugando a las adivinanzas
y nuestras manos apresaban el algodón de azúcar
que quería volar, desbaratarse...

El ocaso como el fuego,
era un juego de candelas luminosas
sobre los árboles gigantes,
cintilando en los pliegues del manto de la noche...
y las formas de la tierra,
era un misterio
que apenas comenzaba

la vida era grande, grande,
y nosotras, niñas...

Igual que la risa,
brillaba el cobre
del enorme recipiente,
donde nadaba la miel crepitante
subiendo y descendiendo
dejando salir el tañido del hervor almibarado
rosa-rosa

Y la varita donde se formaba la flor
en remolino,
subrayaba la suave hora de la tarde
mientras bailaba el algodón de azúcar
convertido en blando remolino rosa rosa,
acercando un sorbo
a nuestras bocas

las horas eran esbeltas y leves... nosotras, niñas

Desde lejos el perfume
del azúcar quemada
se enredaba en la hiedra
y en los pies del domingo

enorme era el verano y, nosotras niñas

de azúcar,
que viaja

Viaja y llega como si fuera la vida lejana
que vivimos, suspendida
entre el ayer y el sueño inapresable

de cuando éramos pequeñas...

pasaron el misterio, el miedo.

las imágenes, los rostros conocidos...
y las horas (ahora) van a la deriva buscando un cielo
como antes pasó aquella nube de miel buscando el centro

y gira, gira

sin dejar rastro, desvanecido,
como algodón de azúcar,

consumido

CUANDO MUERE SEPTIEMBRE

Las primeras luces de otoño,
padre mío
vistieron a la muerte
de púrpura estridente en tu funeral

Todos la miramos pasar
sin darnos cuenta (tal vez)
de su cruel impiedad, inexorable

Fue entonces cuando supe
que ahí te quedarías para siempre
cubierto de flores, raíces, tierra
y serías otra vez dueño de los minutos postreros de la
tarde,
yo, dueña de la agonía infinita del vivir

Ni tú ni yo sabremos ya
quién te llenó de flores, padre mío...
pues tus mañanas estarán cerradas,
como todo lo muerto, lo doliente...

Ni siquiera jugar podremos
a aquellos acertijos:
que el martes sigue al lunes
por ejemplo o, a encontrar el fin de mundo
tras la próxima montaña

Ya nada alcanzo a decir
padre mío...
nada que dé sentido,
a este cúmulo de frases despojadas

Ahora otra tristeza nos acerca...
cuando desde el cuadro ahí colgado
me miras dubitativo, cierto...
o, tal vez ahora eres quizá otro bosque
con hojas renovadas,
en la pequeña isla de todo lo callado

Algunas veces -padre niño-
suelo imaginarte como fruto centelleante
de alguna constelación secreta,
porque la muerte es eso:
universo distinto, misterio puro
donde en alguna tarde volveremos a vernos

Y, ese día,
tu camisa tendrá otro suave bordado,
(reminiscente oficio de la ternura)
luciente, blanca tu camisa, la misma que usabas
cuando me llevabas de la mano
a mirar la virgen azul del mayo cantarino
de mi infancia

Sabré entonces padre mío
que tu modo de estar muerto
es como septiembre,
que da paso a la dulzura del otoño
cuando muere.

UN VIEJO FRASCO DE PERFUME...

Para encontrarte, madre,
intenté recorrer aquella ruta,
de senderos, caminos y recovecos
por la que solías pasar...

Ignoraba si la primavera de tu vida
me necesitaba
pues yo, era un juguete un poco destrozado,
dejado en un rincón de la vieja casona
donde parecía que nadie quería recordar
que apenas tenía cuatro años...

Era mi corazón, temerosamente frágil
y seguía la senda de tu posible huella
sobre el verde vespertino de la yerba que, tendida y quieta,
recibía otras pisadas,
otras voces que luego se apagaban...

Así, en medio de mi duermevela solía imaginar
que me decías cómo todos,
éramos estrellas en busca de un cielo...
y, así, me dolían un poco menos
las heridas de mis pies que te buscaban...

Así fue como elaboré con mis fantasmas
un juego donde tu ausencia era un espejo
y en él se reflejaban en medio del silencio,
una cortina, una ventana por donde te asomabas
y tus ojos desconocidos,
me miraban...

aunque mi indagación sobre tu paradero
era una constante pena... tremenda desolación
nutrida de la locura pequeña y cotidiana
de cada uno de los que me rodeaban...

Luego, ya entrada la mañana,
¡escucha! me decía una voz secreta
y, poniendo atención, podía oír el sonido
de la crujiente crinolina de una falda balanceándose,
esponjada por el viento, siguiendo el compás
de tus pasos que se aproximaban...

Y, en medio de mi ansiedad de niña
con sus sueños intactos,
se colaban voces, ruidos y preguntas
iguales a las que yo te haría
y era más breve mi tristeza, más paciente mi espera...

¡Cómo tuve que apretarme el corazón madre
para aprender a olvidar mis miedos
cuando la noche se escondía en todas las alcobas,
y caían lentamente las gotas de oscuridad
sobre el patio comido de luna
que soportaba al mismo caracol, a la misma palmera,
sobre la misma pared que un día te viera pasar...!

Y, a la hora en que los ruidos de la casa
se convertían en murmullo, aunque un grito lejano
viniera a subrayar de vez en cuando,
el silencio pegado a los tejados,
una canción de lágrimas salía a tientas de mi corazón
para perderse, disuelta en la pena de mi espera...

El mundo de allá, afuera: lluvia, viento,
primavera, destino y oscuridad de la tierra marchando
hacia el ocaso, era para mí, un espacio sin nadie
a quién decirle palabras como fruta, nostalgia, verde,
atardecer,

bailarina, coral, me duele...

O decir música, muñeca... cumpleaños,
¡buenas noches, madre!

Más tarde, ¿sabes? Comprendí que no había memoria
suficiente
para recuperar el pasado
y así se acabó el tiempo, mi tiempo,
sin que aquel viaje, iniciado no sé ahora desde cuándo,
me llevara a encontrarte...

Hoy, al final de la ruta, sólo tengo
unas cuantas señales de tu paso: un viejo frasco de per-
fume,
un pañuelo, una tarjeta escrita desde Suiza...
un espejo de plata, diminuto,
y la quebrada imagen de tu cara
sobre el cartón de esta fotografía...

NO HAY NADIE...

No hay nadie junto a mí
todos se han ido...

No, no hay nadie
apenas el eco de mis propios pasos
arregla y compone las palabras
en mis noches desteñidas de voces y de nombres...

El cielo huérfano de luna
destila rocío de madrugada
y pienso (otra vez) en la suerte de otras lunas
que dejaron su frágil escultura sobre el azogue del cristal,
de esta ventana, heredera del diáfano brillar
del mediodía...

A veces, debo traducir historias tristes
al idioma que mejor domino: la melancolía...
y luego las reviso, a ver si encuentro
en su agreste abecedario,
la palabra exacta para describirte...

Esa palabra que sabe a yerbabuena
y que, en invierno (recuerdo) era igual a tu aliento
trémulo de otoño...

No, no hay nadie junto a mí
sólo octubre que regresa a cambiar la bruma
a remover las hojas marchitas del verano,
y se adueña del cielo que me ofrece otra flor,
para entibiar mi corazón aterido...

Los meses y el polvo han tejido distancias,
y las horas se beben su dosis de nostalgia
mientras comienza la discusión de los gatos, con el viento...

A pesar de que todos se han ido
sigo queriendo las tardes,
los cuadros de Macedonio, mi bonsai...
mi estufa de leña y mis discos antiguos...
y sigo con atención, las señales de cada recuerdo

Recuerdo, recuerdos,
en donde las imágenes de todos mis hijos
vuelven a ser racimos de sol brillando
desde su bondad y su alegre lejanía,
y vuelvo a dar gracias a Dios,
por el regalo de cada una de sus voces...
regalo que, al fin y al cabo,
es todo lo que se ha quedado conmigo

EN LA RUTINA DEL VIVIR

He intentado recoger
este racimo de mi vida
y ofrecerlo,
ofrenda de estas ácidas vocales
que han sido leyenda y paisaje,
luz y fruto desdoblándose
en el anhelo de querer decir

Mi sangre ha dado forma, además,
al dulce y al amargo
haciéndome saborear
mustios ratos de silencio,
al ofrecer el alma entera,
en la rutina del vivir

He tratado de hilvanar horas ciertas
sobre todo, quise repartir algo de dicha
desde el humilde gozo dativo
de mi escasez apenas asumida

Mis ojos se acabaron,
gastándose
sobre la superficie de las cosas
y no hubo sitio ni rincón del mundo
a donde no volara
el vendaval ardiente de mi angustia...

He sentido la forma de las cosas
en la inmensa soledad de lo inasible...
y he sentido vergüenza

de no haber sido dichosa
a pesar de tener el mar
y la montaña...
la rama de un pinar,
junto a mi casa,
el verano lujurioso
y unos niños que cantan en la noche

Todo lo he recibido
vida
en la rutina del vivir
que hoy ya no es tortura
sino simple ejercicio de armonía

Sí,
reconozco que
he gastado el alma entera
en la rutina del vivir
he reído con todos, he llorado por todos
he saltado al abismo,
empujada por todos.

LUZ DE LUZ...

Refugio de luciérnagas...

luz de luz, casa del perdedizo rayo de sol
que se queda rezagado en el otoño...
fruta espesa, saturada de cielo...

de cáscara pura, tan pura que su néctar trabajado
en la cocina, consigue una transparencia diamantada
esfera de septiembre, navegando en su dulzor

Después de la cosecha, su sabor de oro, igual al sol
se instala en las mesas de las casas de mi tierra y, en-
vuelto
en la suave harina, o mezclado con el queso tierno,
es el bocado providente, de todos los comensales...

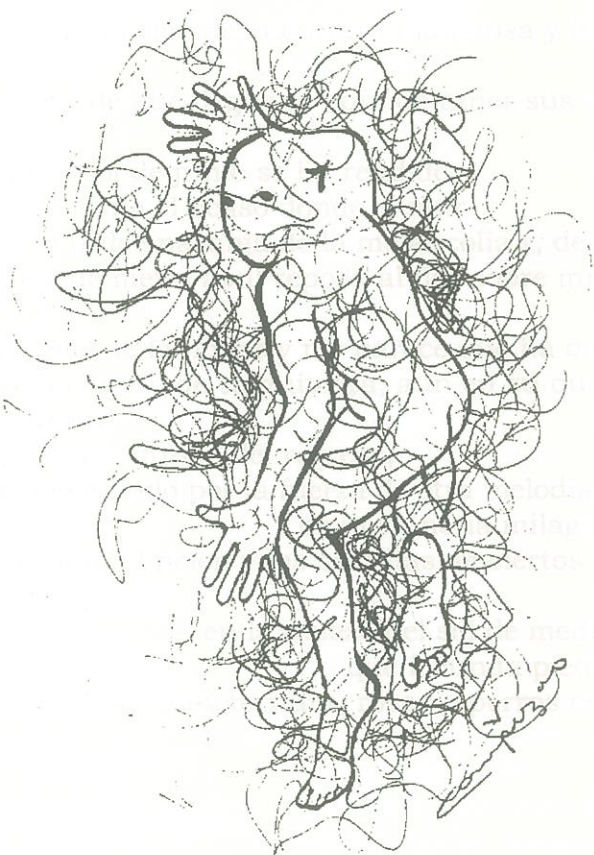
A veces me pregunto si el membrillo,
sería la manzana disfrazada que Eva le dio a su hombre
cuando él, le susurró al oído su anhelo de mañanas....
él que sólo poseía (hasta entonces) la noche

A mediados de octubre irradia su macerado dulzor,
para luego espesarse
en el cazo, suave, rubia su pulpa,
que despierta, clara y transparente
y poco a poco eleva su potencia y,
su color ambarino
al final, anuncia su metamorfosis...

Allá, en mi tierra,
el membrillo se revela, se codicia, se extraña
se venera como si fuera una joya guardada
en el celoso cofre de la Tierra...

y luego se recrea en la misma cocina
donde se le canta y se le ama
como se ama a la savia inflamada de aromas
que el universo festeja,
en el sabor de todo fruto percibido....

EN EL VUELO



CUERDAS EN REPOSO...

*Para Alberto Cortés,
en el verano del 2005*

Se trata de hablar un poco del descanso de tu guitarra
desde hace rato, callada...

Hoy, ese silencio parecido a la luna,
en su misterio guarda palabras y armonías de un paisaje del alma
oculto en la música de la cintura maderosa y breve de tu guitarra
en espera de que llegue la hora de tañer sus cuerdas...

El altanero sol de junio se ha rendido
ante el ocaso donde el mar
saborea la dulce naranja de la melancolía y, después,
una lluvia de metal azul reposa al fin, sobre mis horas...

Son las once de la noche y me parece que ha despertado
el silencio vibrátil de tu guitarra, aún en su quietud de
espera previa
transita en las dunas del regreso,
como navío guiado por la fuerza de otra melodía formada
de imaginiería milagrosa:
de ella brotan el polen y las semillas de ciertos ritmos
macerados

en la tibieza del sol de mediodía,
que fecunda piedra y beso,
lágrima y ternura, rosas y perros callejeros...

¡Ay, Alberto! este recuerdo
y esa guitarra con sus cuerdas en reposo
son otra ración de levadura de tu infinita prosa,
esa que genera el pan del alma,
tanto como el canto de un amanecer siempre posible...
y con ese sabroso, tierno pan del alma,
cantarás, ¡ah cantarás!
y sonará de nuevo la melodía que un día acortó la distancia
entre tu abrazo fraterno y mi abrazo solidario,
entre tú, y mi casa...

Julietta

CUANDO YA NADA SÉ...

La soledad diseña la noche en mi desierto
y siento que se acaba el cielo de invierno,
de diciembre a febrero...

Ahora sé que la luna sola ha adivinado
la música y el sueño que transitas
huyendo hacia el olvido
que borre la huella de tus pupilas
en todo lo que es mío...

Es viernes y otra vez escribo cosas como
ya no más árboles con sabor a fiesta...
ya no más tus manos cercándome...

Afuera el viento resuena y lo escucho,
como si fuera un heraldo de la luna

Y en su mágica luz es apenas un poco
de consuelo... un residuo de ternura...

Estoy triste,
en esta madrugada que todavía me sabe
a esa fracción de ti
dejada en el oscuro regazo de mi noche...

Y el desvelo crece...
envuelto en sal y espuma, en mi pequeña isla
imaginada...
mientras la marea de un viejo llanto, adolorido,
aumenta y baña la arena desolada de mi congoja

Y de pronto, cuando estoy al borde del oscuro peligro
de la nostalgia, casi al filo del olvido infinito,
cuando ya nada sé... apareces

AMULETO

Ayer en la noche
cuando la luna colgaba
sobre un millón de estrellas
te marchaste
dejando todo el peso
del mundo sobre mi mundo roto

Estuve ahí,
blanco de todas las tempestades
aunque afuera el alba
seguía con su mirada calma
el lento transcurrir
de la inminente madrugada

Y, tú
quieta imagen
desmentida de ti,
tan sin nada,
tan de veras pobre
¿Por qué sigues aquí
de todos modos?

Porque en el correr
de las horas tengo aún el gesto
de tu marcha
igual que un ciego
palpa alguna cosa

Ahora cuando la noche cunde
creciendo en todos mis espejos
recordando la liturgia
del nacimiento del alba
mi desconocida voz repite:
...tú te has marchado
¿qué amuleto puede salvarme?
¡Ay vértigo del tiempo!
¡oh falso remiendo de las horas!
envuelve en tus espasmos
este desamparo, porque
¿qué amuleto puede salvarme del desastre?

UN SOLO POEMA

Para Miguel Hernández
Para mi hijo Juan Marcos

Desde mi casa abierta,
desnuda de muros y palabras
puedo contemplar como regresas
en ráfagas de argentados versos
cuando *el mundo padece de escasez de amaneceres*

Tu esperanza, tu dolor, tu desventura
construyeron signos libertarios
y fueron metáfora y conjuro
derrumbando prisiones en risa
de alondras sangre y cebolla...

¿Qué te puedo decir que no te hayan
dicho otras voces, otras almas en su vibrar
ante tus versos?

Sólo recuerdo que cuando te descubrí
entre los tesoros de mi abuelo,
me asomé a un abismo de luz
donde todo relampagueaba:
imagen, rima y el goce turbulento
de una palabra arrebatada a la muerte

Hoy, desde mi ventana,
en la tarde cocinera que se acaba,
he visto el fantasma de tu niño yuntero
releyendo entre líneas siderales tu regreso
sabiendo que un solo poema tuyo,
bastará para sanar al mundo.

VAN GOGH

Para mi hijo Aarón Noriki

Es tu encierro de luz
hoguera encendida por tus manos
astro bajo un cielo de colores:
girasol de amor tu oreja gastada
carne dolida en el dolor de la desesperanza

¡Ah Vincent!

¿Por qué esté sentimiento vago,
extraño, frente a tus girasoles?

¿Será porque eres otro ángel caído
y tu oculto dolor aflora aún en tu definitiva ausencia?

Astro fuiste en la tierra
en tu itinerario de candidez y amores de locos caminos
que sólo te dieron tormentos,

un engaño de placer, si acaso

Ay, aquel morir sin límites de tus vigiliass,
de tu amor

desdeñado

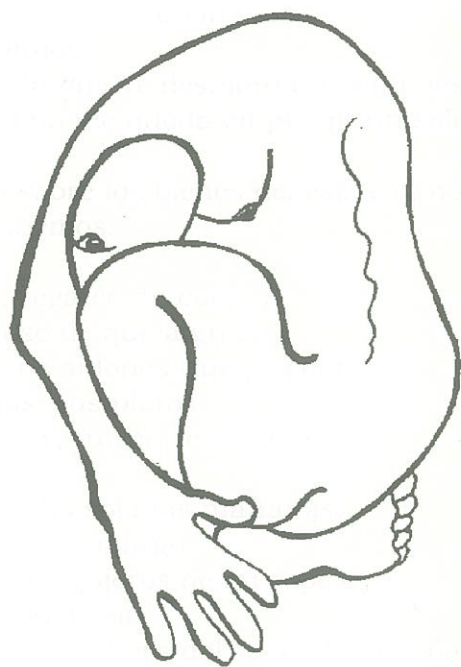
te circunda ahora y te confiere una aureola
de estrellas inmutables

¿Con qué crayones coloreas ahora
tu región esplendente?

Y, ahora, aquí mirándote

no hago más que llorar por tu partida...

DE LA AÑORANZA



Campuzano

EL ESPACIO...

Para Alma Delia A.

Dijimos: tú, tu espacio... yo, mi lugar...
los dos queríamos nuestra independencia,
nuestra soledad...
aceptamos: tú estabas de más, yo...
yo sobraba así, nos despedimos...

Hoy no sé si tu almohada vigila
tus insomnios,
igual que la mía ve desmoronarse mi desvelo...
porque ya no me queda en pie, ni un solo sueño...

La usura sobre los bienes del espacio, nos separó
bien lo sabemos...

Yo avara, regaté mi casa...
tú, medroso de que alguien
ocupara tus sillones, tus rincones,
tus repisas, tus platos
y tu piso... y, tu ser, te marchaste...

Ahora pruebo sola las mañanas...
y su sabor es amargo
y los claros agujeros de mi espejo
reflejan uno a uno
los variados tamices del vacío de mi sala...
la desnudez de mi mantel...

Esquivo mis cuadros, cada una de esas pinturas
donde tus ojos
y mis ojos eran una sola mirada

y me doy cuenta de lo inútil de estos lugares
donde lo único cierto es la cruel sombra de la añoranza...
porque ahora soy cuerpo hecho de nada...
en medio de este espacio solitario...
Mi vida es ahora una rutina de horas desgarradas
y sólo (de vez en cuando)
leo tu recuerdo inscrito en ciertas cosas
en algún verso que repasamos juntos, por ejemplo...
y entonces me pregunto:

¿No fue fresco refugio,
el cerco de tus brazos antes de estar
angustiosamente solos?

¿Sabes? Ahora me sobra el mar y su horizonte...
me queda enorme la tarde lluviosa
y temo a la mañana algunas veces...
y cuando fluye la solemne lejanía
una voz oscura me pregunta:
¿cuál es el límite para dos manos que se tocan...
en medio del ritual de la ternura?

Si alguna vez escuchas al viejo viento
de nuestras noches juntos
que vuelve y murmura nuestros nombres...
y si cierras los ojos
como lo hacías en nuestra oscuridad
en nuestra gloria...

Allí donde eras puro ruego tembloroso
y yo aprendía la vida en tus ojos que tenían (siempre)
el resplandor del primer día...
y luego con mi mejor vestido te esperaba...

Si alguna vez lo recuerdas...
reconócelo: a ti, como a mí,
nos está quedando grande el mundo:
grandes los rincones... los jardines,
las esquinas y las casas...
en otras palabras, quiero que regreses...

Cierra, cierra muy fuerte los ojos
y mírame, como yo ahora te veo...
porque somos cada uno

un fresco sorbo de vida,
bebido con la misma boca...
Y si al mirarme, adviertes cómo el espacio,
el tiempo y la distancia desaparecen,
entonces regresa...
dejé la llave junto al geranio...
y mi lámpara está en vela...

PARA JUAN RULFO

En esta noche de muertos vivos

-Noviembre del 2008-

-Qué vida se me ha de dejar vivir
en esta orilla
donde la muerte vive, inexorable, azul?-

Moridora muerte que a veces se disfraza
y sale de su escondrijo con las uñas pintadas
hacia la penumbra donde apenas se distinguen
sus pestañas adoloridas...

Luego, al llegar la madrugada sus ojos parpadean
y esperan el sueño nuevo que llegará
convocado por otro artero golpe de tiempo...
¡ay vida, diles que no me maten!...

ay muerte, diles que no me vivan!...
ay muerte cuánto me dueles viva,
¡ay vida cuándo te lloro... sola!

ay olvido de la vida,
ay presencia de la muerte...
...qué vida me ha de servir, si vivo
en este desnacer, en este exilio?

¡ay muerte cuánto te vivo!
ay vida, cómo me muelo!

SOY UN ECO...

La luz ha desaparecido, aún la que cubría el mantel
solemne

del último concilio familiar,
ya tan lejano...

ahora soy eco de algo: brizna de un día, golpe de viento,
incipiente canto y letra de un sueño lánguido,
territorio de escarabajos azules,
deambulando sobre piedras transparentes

Terco, recurrente, suele ser el sueño:
eco silencioso de otro ensueño fragmentado
en imágenes cuyas esquirlas
formaron un astro fijo que no consume el tiempo...

Tiempo que parece escapar dejándome
sin siquiera un resto de aquella cercanía
secreteada entre nosotros
pedazo a pedazo, en tantas noches fragantes,
viendo los giros de las pocas estrellas

asomándose entre las deshilachadas nubes,
o queriendo atrapar ciertos peces esquivos,
en el resquebrajado día del estanque...

Tal vez soy el eco de una canción de melancólicos ritmos,
obsequiada (de tu parte) como se regala una sorpresa,
igual a la que me diste al vestir tu cara de recuerdos
para nuestro encuentro...

Testigos de aquella cita efímera fueron

la respiración anhelosa de un geranio,
el rechinar de la madera vieja,
la vibración de lo vivo en la cocina, un teléfono lejano,
algunos remiendos de música:
pedazos cotidianos de rutina...

Quizá por ese eco de murmullos
y cosas que respiran cautelosas
siento de vez en cuando
cómo me acechan un montón de palabras,
la brevedad de tu mirada, tus manos...

Tu mirada,
oscuro abecedario de emociones:
deseo de cercanía, forma de una dicha un tanto raída,
sazonada de frutal aroma de nostalgia,
descendiendo al fin sobre esta piel
que me envuelve y no deja de temblar...
en otras palabras,
soy el eco de lo que no pudimos decirnos
aquella tarde, al despedirnos...

HAY UNA DULZURA TRISTE...

Hay una dulzura triste en el breve epitafio
del adiós...
como esa agridulce añoranza
que deja el sonido de un tren, cuando se aleja
cuyo lamento se parece a lo que queda
en el viento de los cuartos solos...

Como la ausencia del agua en un pozo moribundo...
como la palabra no dicha que se atisba
a través de la ranura de algún verso...

Ese triste sabor detrás del paladar, al sonreír
agitando la mano, junto al alma, al despedirnos,
sabiendo que nos llevamos sin remedio,
todo lo que cabe
en un diminuto instante...

instante como pequeño envoltorio:
...un puñado
de anhelos con su dosis de miedo...
algunas dolencias de la fe...

Hay una dulzura triste en mi renuncia a pensar
en volver a mirarte, mirándome,
como en aquellos días
en que salía a encontrarte en cada esquina del otoño...
en cada relámpago de la tarde lluviosa...

Ahí, donde alguien ajeno a mis palabras
te des-escribió, usando sus dedos ciegos
para luego reposar su mano en tu pecho
como flor que, hacia abajo, busca el cielo...

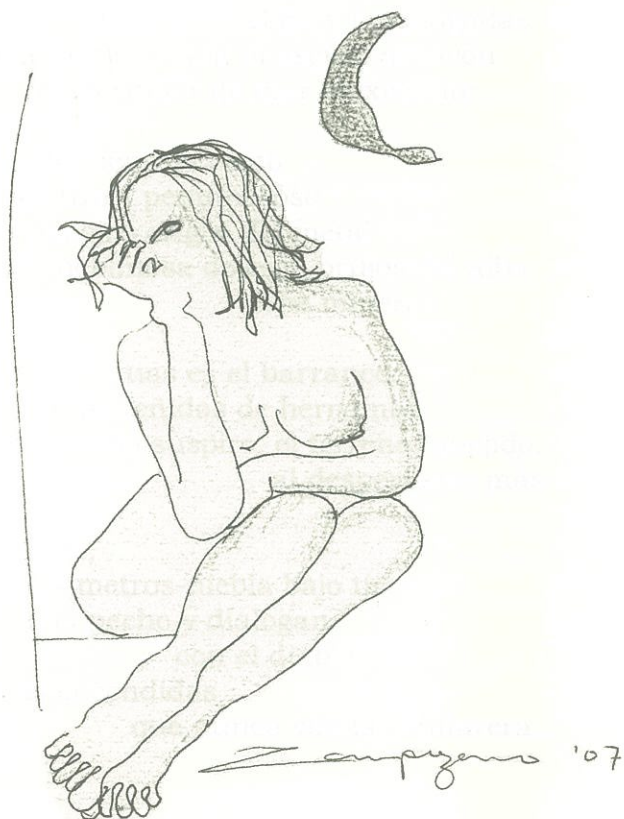
Esa tristeza es la misma que anida
en la menguante luna borrada como huella dejada
por una cara que empieza a olvidarse...

Igual a esa música que se escucha y gusta y...
luego desaparece...

Hay una dulzura triste, en los relojes detenidos
en los rincones con olor a café nuevo...

Hay una triste dulzura, en todo lo que digo...
en cada palabra que escribo para renacer un poco...

DE LA TIERRA



EN UN MINERAL

Para Carlos Martín, mi hijo

La nevada, diáspora de invierno
cubre los agujeros que el tiempo
hizo en la montaña

La hojarasca murmura silenciosa
el arrullo nocturno de diciembre
y un hombre hecho de carbón y madrugadas
asciende al porvenir por el oscuro socavón
sobre un sordo rumor de mar inexistente

El tren viaja mientras tanto
por el largo túnel penumbroso
sin mirar los ojos ciegos del metal
ni la figura neblinosa de esos brujos del alba:
los mineros

Pozo de luces fatuas es el barranco,
donde las horas teñidas de herrumbe
sorben en un solo suspiro, el terrenal quejido,
al despertarse más temprano

Y los hombres,
a seiscientos metros-niebla bajo tierra,
se oprimen el pecho y dialogan
con el diablo
entre rocas encendidas
que nunca ven la primavera...

Las migajas subterráneas del carburo,
iluminan apenas la penumbra
bailando inseguras sobre las cuerdas
del día ya envejecido
y, allá lejos alguien llora
la ausencia nostálgica del aire...

Avanza el hombre
por los distintos niveles
de la tranquila piedra:
piedra que es espesor, de siglos
donde la vida parece estrangularse
cuando escapa el metal y el pico
de las manos rajadas del minero,
luego de arrancar su cuota de carne
a la montaña...

A veces, allá afuera, caen las sombras
sobre la angustia de una espera
que se agranda... y entonces las campanas
extenuadas se preguntan, cuchicheando,
¿por quién hemos de doblar llamando a muerto?

Y, otro día, a mediodía
los rumores del agua en la cañada
y el pinar hablando con el sol de invierno
que se escapa
contemplan en silencio
el paso de los pies que se encaminan
a vivir la noche de la mina
a inventar estrellas con las luces escondidas
en sus sueños:
sueños de libertad, que no se acaban...

EL PAÍS DEL METAL...

Para Francisco Morales

Eran los pinos de la alta sierra
mansión de paz y sombra
donde vivían los duendes y los trasgos
de mis cuentos de niña...

La tierra, de ojos con hambre de estrellas
era el ansiado retiro para los gambusinos
al salir de cada jornada,
emergiendo de las mil noches de sonoros martillos
y paredes en penumbra...

Aquellos hombres conservaban en sus pupilas
eso que llaman *lo invisible*
es decir, un poco del misterio que encierran
las profundas venas de la tierra...

...Mi padre contaba aquella historia
del oro subterráneo que corría tan ensanchado, tan hondo
como corren las secretas aguas nacidas
de un lejano manantial
para luego alumbrar
el más maravilloso de los ríos...

... Narraba cómo aquellas profundidades,
antes fueron claustros solitarios, sin aire, sin bosques,
sin luna...
donde ningún cielo se asomaba...

Entonces, yo era sólo un ver con mi silencio...
un mínimo gesto, solamente,
reposando sobre aquellas sombras fatigadas:
imágenes iguales, regresando por el mismo sendero,
con sus mismas miradas, pero más cansadas...

...Debí aprender un poco, de aquellas sombras,
oscurecientes formas calladas, pasando frente a mi mi-
rada ingenua

sin oros, sin rubies, sin esmeraldas...

Pero, desde mis cinco años,
creía adivinar (apenas) un poco de sus múltiples vidas...
porque nada sabía de sus manos impotentes y vacías...
manos conocedoras del desconsuelo que se siente

al tocar la Eternidad

en la perenne piedra del laberinto oscuro

y enredado de la noche / día

del pequeño país del metal:

país en el que

-después comprendí-

sus voces nunca cantaron...

LA FLOR DE LA MOSTAZA

Para mi hijo Ulises

Hay veces que el paisaje retrocede
cien años,
y el aire saturado de colores
percibe el eco de la hierba
que murmura

Una breve gota de rocío
despeina y mece a la flor
de la mostaza
y en encumbrado cerro
mira brillar pizcas de sal
entre sus ramas

Alguien, con su pincel,
ha dibujado un aire aldeano,
recogido...

Dejemos hablar al viento
dice cadenciosamente La Flor
de la Mostaza,
que la siesta del día recoja
los pasos de otra gente

Dejemos hablar al viento
susurra otra vez la flor:
que peine los senderos polvorosos,
calcinados...

LA RUMOROSA

*Esto es más que el silencio,
es la obra ordenada...
Es la piedra que vigila
Virginia Woolf*

Montaña nacida por capricho mineral,
piedra sin voz ni vida

Pulida sin embargo,
por los golpes del viento, humilde orfebre

Hogar del águila, casa en la cumbre
esmaltada luna

Cuando llega la luz, en su silencio,
nacen sombras y formas...

Rostros distintos que miran pasar el tiempo,
desde la milenaria caverna de su noche

BONSAI

*(...descubrir allí los jardines de ausencia...
regarlos con silencios...)*

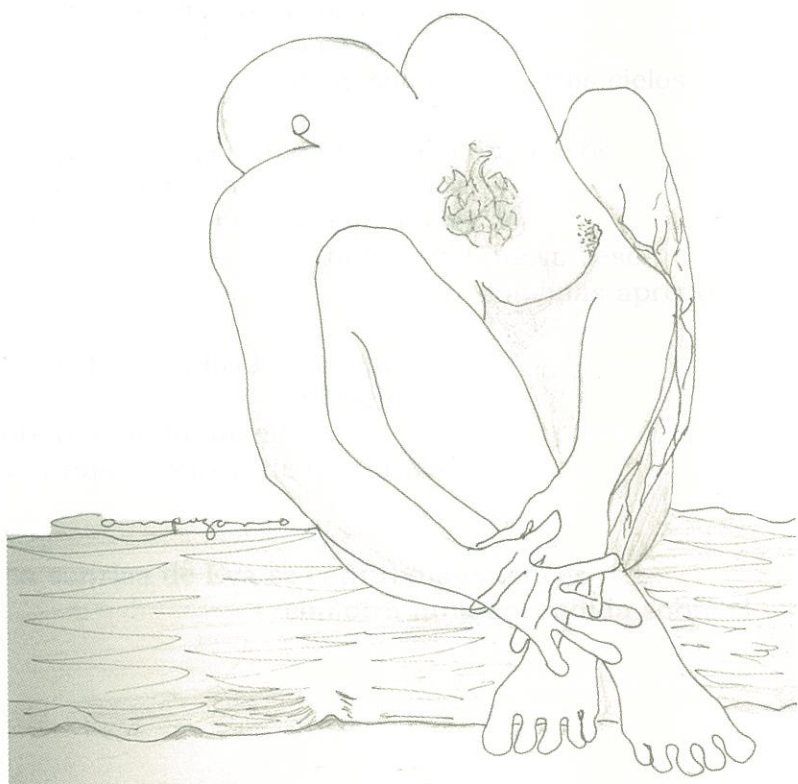
Minúscula suma de belleza
en su hermosura nacarada
hecha de mil hebras de nube,
tierra y agua...

Sus flores,
a veces de color rosa, otras, cereza,
amarillo, salmón...
y en su tallo casi siempre
de menudas hojas verdes
contienen -me digo-
algo del crepúsculo que pasa
y mucho de extraño e inocente

Tal vez su pequeña perfección
sea otra manera de expresarse
de la buena tierra
cuando festeja el triunfo del polen
y la locura sutil de las noches de verano...

Allí, en su diminuta cifra vegetal
sucede el rocío
y tiembla la noche,
cuyo lenguaje no olvida
como se dice la palabra flor...

EVA



LA SONRISA DE EVA

Pasaron lo siglos...
como se dice en los cuentos
y Eva era la misma con la misma sonrisa
sólo que sus labios lucían marcados
por la tristeza del futuro

O, tal vez
pudiera ser que se sintiera en su boca
el soplo del ensayo de otro beso
bajo la luz oscura
de la sombra de otros cielos

Porque una ligera luz modulaba sus labios
dándoles forma de media luna
cuando, sonriendo, saboreaba su boca
la noticia del nuevo beso
como si apenas aprendiera...

Estarás en todos los tiempos
del tiempo
abarcando mi memoria
y el rápido pulsar de mi corazón...

Y...
La sonrisa de Eva se confundía entonces
con otra luna encendida sobre el mar

Vigilante luna derramada...
como el beso de Adán,
en el sitio donde luego se encenderían
algunos cerillos luminosos...
para reflejar la presencia
de dos que se decían adiós...

*Put your warm and tender body
close to mine...* cantaba el cantante...

Y Eva sentía una nueva, tibia ola que se escapaba
de su corazón,
y apretando su bolso con decisión
aceleró el paso... para llegar
al Café de la Esquina...

... fue entonces,
cuando se dio cuenta de que era otra vez,
septiembre... y la calle lucía sola
sospechosa de crepúsculo,
seducida por la tierra, igual que ella...

ANTES DE ENTRAR AL HUERTO...

Alguien te amará hasta perder el alma
creyó escuchar, Eva...
antes de entrar al huerto,
y serás canto y agua, respiro y viento
serás verbo y cimiento, roca, savia
seguía diciendo aquella voz surgida de la nada
rompiendo el primer silencio...

En la esquina alguien observaba
la huida y el vuelo de las nubes
sin saber si el crepúsculo era igual
a esa hora en que la aurora,
acaricia la tierra palpándola
cuidadosamente...

Furtiva era la sonrisa de Eva
al tomar del edénico huerto,
la manzana tentadora...
fruta-casa-desnuda-lujuria
desnudo inocente de dos que fueron
los primeros habitantes del planeta...

Y...
sobre el pecho de Adán
bailaron algunas briznas de un llanto
que era murmullo labrado
entre suspiro y suspiro
entre sonrisa y sonrisa...

Todo comenzaba esa mañana:

la fiesta y el féretro
la mentira y la verdad...
el destino modificaba su ritmo inaugural
marcado por el primer beso pecador...

¿Era también destino, la fruta, tan parecida
al cuerpo en sus sinuosos contornos?
¿o sólo era un mal presagio del enojo
de Dios, en sus dominios?

Era algo más: era salir del Paraíso
y meterse en las plazas vacías
arrancar raíces y extraviarse
siguiendo faroles encendidos

en la noche del mundo...

Eva sonreía...

el inocente soborno del amor
se había consumado en sus labios
que tenían todavía el sabor agridulce
de la fruta robada del huerto

recién abandonado...

Y la sonrisa y el beso

hicieron de su tacto y de su aliento
un mismo respirar, un igual gozo

un mismo vértigo...

El primer beso

apenas duró un instante:
tiempo fugaz del primer sí
que marcó los labios de Eva
como marca la fruta plena,
el primer mordisco

de una boca con hambre...

En el huerto divino
había además del manzano tentador
algunos higos cuya miel

Eva compartió sonriendo, gota a gota,
con Adán que cantaba su canto terrenal
You must remember this...

En tanto la serpiente
iniciaba su propio canto,
lista para perder
a los amantes...

Mientras retoca sus labios
Eva tiembla al recordar
las manos de Adán
titubeantes, ardorosas
sobre sus mejillas relujadas olorosas,
embriagantes...

Él que se sentía tan solo,
había encontrado, al fin,
el fuego y el alba, el ensueño...
el amanecer y el viento de una música nueva
en la caricia única de su piel de mujer...
descubriendo lo que no se describe ni se dice...

Y pensó: sobre mi piel harás tu casa
de mi sangre brotan ramas
y soy también
... el cielo y el domingo que las cubre,
enramada en donde el tiempo no cuenta
donde siempre has existido...

Y la manzana era un cuerpo
y la serpiente una caricia
y con sus cuerpos tensados
por la sutil urgencia de ser tocados
ni siquiera recordaron,
cuando se habían cerrado

las puertas del Paraíso...

CANTO DE ULISES

ULISES

Para mis hijos

La Carta Marina señalaba el rumbo
y Ulises ajustaba amarras...

Tremolaban los altos mástiles
que resistían la furia de la espuma
brotada de la brocha del viento que blanqueaba
cumbres y riscos en el litoral
convocando a la noche...

El marino se aprestaba a resistir atado,
entre bramidos y cordeles,
a escuchar sólo el silencio...

... Como el hombre que, allá, a lo lejos
tendía sus lienzos y con sus pinceles
diseñaba rostros y paisajes
sin abrir los labios...

...Y el negro era otro color, rotundo color
ganado a la inmensidad...
y sus trazos, otro misterio igual
al que acechaba al marino en su tormento...

Ulises ignoraba que alguien trazaba su Destino:
sendero hacia el abismo, dibujado febrilmente...
y sólo le llegaba hasta su barca, donde permanecía
hundido en su sordera, atado, enfebrecido
el viento macerado de septiembre
como si fuera un manojo de manos invisibles

El rey de Itaca había comenzado el viaje
con los oídos cerrados...
Circe le había mostrado a las sirenas
que ocultaban la muda cripta de su sexo
en velos semejantes a la niebla...

Y sus caderas lucientes danzaban
al ritmo de sus cantos hechiceros...

II

...La noche era una planicie vacía
en medio de las olas cuyo lento vaivén
era otro latir de tiempo...

Y sobre la superficie irisada
de fulgor y quejas sirenaicas
los ojos de Ulises evocaban
los geranios de los muros lejanos de Itaca...

Y el mar apretado de la ciudad imperial
era otro recuerdo lejano,
encerrado en un nuevo misterio
como una caracola imposi-

El canto de las hijas de Circe seguía
 rasgando los caminos en la hondura submarina...
 haciendo brotar una risa ancha y callada
 del fondo secreto del océano
 carcajada lunar que abarcaba la nave en-
 cantada...

Y el marino creía ver, una y otra vez,
adentro de los templos acuáticos,
unas pequeñas luces: refulgentes guías del hechizo
anunciado por Circe...
y el rumor de los cantos iba creciendo...

III

Extrañas floraciones,
árboles de coral refulgían en la maleza del océano,
yendo y viniendo para adornar
los cabellos de musgo y organdí
de las danzarinas del mar...

Y, sin embargo, Ulises sabía que todo alrededor
había quedado borrado por la humedad...
y sólo adivinaba que el camino hacia
las mujeres de labios cantarinos

era infinitamente largo...
y aún el mar, era un islote de silencio...
asediado...

de vez en cuando, veía cómo asomaban
las hechiceras del mar, llamándole por su nombre
U-L-I-S-E-S claramente dibujado en sus labios,
trataban de tentarle, como tienta una copa de vino,

antes del sueño
y advertía cómo, algunas arreglaban sus cabelleras
de ámbar, en el fluyente espejo del paisaje...

Su provocadora sonrisa fatigaba al prisionero
que bebía su imagen sin poder desatar sus manos
para morder con ansias esa risa...

Y regresaba el silencio total, y en la quietud reinante,
el viento susurraba sobre los hombros de Ulises
rozando apenas la doliente quemadura de sus labios.
Y entraban en las pequeñas superficies, las olas,
como en una ventana recién estrenada penetran
el alquitrán y el frío...

IV

Lejos, otro hombre, sumergido en el mar de los días
se ha quedado, contemplando el cielo
aferrado a la borda de la nave del presente
igual que el marino, allá en su barca
ajusta las cuerdas, con sus manos de sal y chapopote...

El viandante supo entonces,
que hay en la tierra, otras sirenas,
cuando se sintió tomado por las manos,
por otras mujeres, desertoras de los fondos marinos...
y vio sus blusas calladas, doradas...
y se dejó llevar a la fiesta donde todos jugaban
al juego de no estar solos...

Juego en el que todos fingían ser alfareros...
o artesanos trabajando el vidrio,
el metal y la ternura
dando forma de labios insaciables,
a los besos agolpados, prohibidos...

...El torpe amator, como el marino que allá lejos resistía,
no sabía que las sirenas de la tierra envolvían
como larva en su capullo, el amor
como un piano envuelve en su teclado la ilusión
aunque luego se pierda,
porque nadie lo hace sonar...

El prisionero del mar sentía correr por su piel
 la tentación y el miedo...
 páramos marinos nunca antes vistos, le acechaban...

Era un desconocido, para esas criaturas
 a las que no escuchaba,
 un emigrado buscando la ruta de regreso
 a través de la aglomeración de estrellas
 que también, le engañaban...

Percibía lo remoto de su casa,
 y rumiaba sus callados anhelos
 y callaba sin pedir ningún milagro,
 sólo callaba...

y, al paso de las horas, Ulises seguía con atención
 a las aves que surcaban su cielo
 y sentía su corazón, sometido a un reloj extraño,
 marcador de sombras incomprensibles...

VI

Las miradas del otro hombre, eran un racimo
de viejas tristezas acumuladas a lo largo de los años...
¡ay la vida, negruzco ramaje
de dolor, nunca arrancado...!

Todo parecía ser el resumen de alguna ignorada
existencia,
Aunque de pronto comprendía que él era su propio sueño
despertando en medio del océano de la vida...

Entonces secó su rostro, de ansiadas ternuras, menestero-
roso...
y vio que la ciudad era otra lámpara en el ocaso,
a la espera de otros viandantes...

Ya consumida la blancura efímera de la luna
el caminante reanudó, su marcha
no tiene a dónde ir, aunque sabe que es el primer lunes
del mes...
y las piñas se amontonan en el mercado de enfrente...
perfumando el aire empobrecido
que dejara el domingo,
y ese aroma le sirve de consuelo...

Adelante, caminaba una mujer
sobre el exceso de ruido citadino
donde otros habían pisado
el follaje perenne, de la noche dolorida...

Así, él también sigue su camino
y ante la enorme iglesia abandonada
—océano de consuelo para su alma vacía—
se detiene a contemplar los pies de la Dolorosa
en su nicho...

algo descascarada su imagen,
tal vez cansada de curar tanto desamparo...

Y, como Ulises, ata sus manos vacías al mástil
de esa ventana, por donde se escapa una voz
que canta *extraños en la noche...*

VII

El marino, mientras tanto,
ve cómo las velas piden abrir sus cortinas
a la bruma y al sol...

Y el húmedo clamor del aire,
satura todo lo existente...
un perfume de salitre y alquitrán
se ha esparcido por el mundo...

La mirada de Ulises apenas distinguía
entre la niebla, a la distancia,
un perfil que bien pudiera ser un espejismo...

Pero luego, fueron todas las sirenas...
y el marino veía el rosa nacarado
de sus pechos,
como remiendo de color en el aire...

Y sus brazos danzantes, refulgían
como iconos encendidos por unas manos
secretas...

Él sabía que sus encantos sólo eran perceptibles
al mundo del oído...
y, aunque no escuchaba, podía imaginar
esos frutos del mar, sus senos,
como nutritivas manzanas que se comen con los ojos...

Y los cantos saturados de promesas peligrosas
parecían ofrenda de endomingada felicidad
en palabras de inefable ternura...
aunque el prisionero de Circe bien sabía
que esas palabras y sus ritmos retuercen
la vida a pesar de su dulzura...

VIII

Protegida por toda clase de aromas anticuados
la casa de Penélope, palacio de Ulises,
languidecía...

Todo estaba en conservación...
pensaba ella, la hilandera de esperas
fiel amante de aquel marino
perdido en el mar de las sirenas hechiceras...

A veces advertía la dueña de la casa
el avance de las polillas que surgían
y desaparecían, luego de comerse la madera
y los recuerdos de la vieja heredad...

Las polillas eran minúsculos seres sin sexo
como las sirenas cuya lujuria decorosa
no dejaba huella...
excepto un fugaz deslumbramiento...

Penélope mientras, tanto, se inclinaba
sobre el mar acuoso de la mirada del abuelo que se ex-
tinguía...

Y sus ojos negros advirtieron
el acabamiento del cielo, sobre ese rostro
cuyos ojos otrora repletos de verano,
fueron atentos guardianes
vigilando sus pasos inciertos, en su infancia de mirto y
azucenas...

El viejo ya no andaría más las tardes
saturadas de azafrán y río...
de higueras colmadas en el huerto,
que congregaban bajo el cielo de agosto,
niños, pájaros y abejas...

Y dolorida, percibió que la muerte
entretejía, como si hubiera robado sus agujas
de costurera experta en burlar el tiempo,
el callado nido donde reposaría el abuelo,
para siempre...

Penélope cerró entonces la puerta
y el telar de sus lágrimas era una trama
de sollozos callados y de azul amoroso
de su espera...

Ella sabía que Ulises vendría y tejía
y fabricaba paisajes y leyendas...
y hacía memoria de la luz de aquellas horas
del abuelo, que ahora se extinguía...

Tenía una manta hecha de hilos de su hilar
perpetuo
Para quitarle el frío, la humedad y el miedo,
al marino que vendría algún día...
bordaba, bordaba caminos de algodón profundo,
y con ellos envolvía el mundo y sus relojes...

En medio del dolor por el viejo que moría
ella esperaba con devoto gesto,
cuidando que se cumpliera el rito
del sosiego infinito, del indecible olvido...
y deletreaba el nombre del ausente
volviendo a bordarlo sobre el telar del día...
y se quedaban enhebradas todas sus palabras
todos su sentires para decir la última oración
que a la muerte le faltaba...

Penélope recogió por fin,
el tejido, sus lágrimas y su añoranza...
y, cerrando los ojos del abuelo, como se cierra
una caja de música inolvidable,
sintió cómo, todas las sombras del olvido,
habían sido conjuradas...

IX

Penélope ha recorrido todo el día,
el patio, la cocina y el jardín...
de su cuarto a los salones,
pasa el plumero del tiempo sobre todo lo que
existe para sacudir un poco, su congoja...

Imagina, a través de los aromas del tomillo, la albahaca
y el orégano, el regreso de Ulises...
y sus manos tiemblan recordando el recorrido sobre los
hombros
inclinados de su esposo, cuya espalda vencida
se cimbrará calladamente,
al evocar el tempranero amor que les uniera...

Piensa cómo, al final escucharán la primera nota
de la repentina música nupcial esperando en la
penumbra...
sabe que el retorno de Ulises, se aproxima...

Mientras, octubre ya se apoya en su ventana
¿es octubre, o marzo? Igual le da...
pues los meses agolpados en su alcoba
amontonan imágenes iguales, del ausente...

La ciudad se ve cargada de laderas y pedazos de cielo,
desde la ventana de Penélope, su reina...
y hay ramilletes de rostros marchitos
con sus prisas y añoranzas, iguales...

Las puertas, los arcos y sus casas
lucen empapadas de tiempo y de espera
como el hogar de la esposa de Ulises...
guardan delirios, ensueños y coraje, secretas cosas
guardadas, como guarda la tejedora
...su espera
que no cesa...

Y, como ella, hay un poeta
encerrando en sus versos un destino...
enhebrando el pensamiento en el ir y venir
de la memoria...
como ella, el poeta insiste en que nada perdura
sino la infinita contienda del eterno tejer y destejer
en el telar inaprehensible de la espera...

Envío / Julieta González Irigoyen	9
Introducción / Guadalupe Rivemar	13
<i>Te amaré hasta que se acaben los lunes</i>	
Te amaré hasta que se acaben los lunes	17
Cartas marcadas...	19
Hablar de ti...	22
El último olvido	24
Naturaleza Muerta	26
Soliloquio	28
Tu voz	29
Una mirada	31
Árbol genealógico	32
Verso invisible	33
Naufragio	34
<i>De la casa de ayer</i>	
El abuelo	39
Casa perdida	42
El múltiple enredo de la vida	45
Cuando muere septiembre	48
Un viejo frasco de perfume	50
No hay nadie...	53
En la rutina del vivir	55
Luz de luz...	57
<i>En el vuelo</i>	
Cuerdas en reposo...	61
Cuando ya nada sé...	63
Amuleto	65
Un solo poema	67
Van Gogh	68

De la añoranza

El espacio	73
Para Juan Rulfo	76
Soy un eco...	77
Hay una dulzura triste...	79

De la tierra

En un mineral	83
El país de metal...	85
La flor de la mostaza	87
La rumorosa	88
Bonsai	89

Eva

La sonrisa de Eva	93
Antes de entrar al huerto	95

Canto de Ulises

Ulises	101
--------	-----

TE AMARÉ HASTA
QUE SE ACABEN LOS LUNES

De
Julieta González Irigoyen

Se terminó de imprimir en mayo de 2011
en Grafisma editores S.A de C.V.
Calle Jaime Nunó 670 / Colonia Santa Teresita / Guadalajara, Jalisco.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Rosario Orozco y la autora.
En su elaboración se emplearon las familias tipográficas:
Book Old Style y Trajan

Julieta no cree en las etiquetas que le otorgan género o sexo a la literatura. Para nuestra autora, no existe la literatura masculina o femenina; mucho menos existe la creación joven o de otro signo simplemente hay buena literatura, es decir lo bien escrito y nos dice algo, o no...

Carlos Martín Gutiérrez

Julieta González Irigoyen se reconoce como parte de una civilización malograda, cuyos líderes y progreso tecnológico, han sumido nuestro destino en un caos que deberíamos enmendar. El lenguaje, la palabra, la poesía, son los únicos medios que podemos utilizar para salvarnos del ocaso en que nos perdemos cada día...y sigue:

La Civilización en la sombra, libro de ensayos, podría ser quizás la primera parte de una cartografía que nos mostrará un sendero, nos abrirá una puerta, nos encaminará hacia una reflexión obligatoria en estos momentos cuando nuestra vida más lo demanda. Nadie podrá permanecer en silencio después de su lectura...

Luis Humberto Croswhite

La libertad interior del escritor se sostiene manteniendo la búsqueda angustiada y vigilante de la afirmación de lo propio" ha dicho Julieta. Exploración que se ejerce en la creación, en el pensamiento razonado, en la visión poética. Ante el negro anuncio del fin de la poesía, la escritora denuncia y se opone, no por ser poeta, sino por ser ante todo, creadora.

Alfredo Álvarez Cárdenas



Tijuana, Baja California, México